

De cómo Gamón nos soluciona un problema histórico

por Fausto AROCENA

No han sido ciertamente nuestros escritores antiguos muy sensibles a las manifestaciones artísticas. Por eso su sistemático silencio en orden al registro y a la descripción de las obras de arte que aquí se guardan, y a las realizadas en otras latitudes por nuestros maestros, ha sido absoluto. Puede decirse que hasta Carmelo de Echegaray nadie entre los nuestros dejó impresionarse por lo que otros *nuestros* hacían en los dominios del arte, ni dejó correr la pluma para ofrecer un *corpus* de nuestros antiguos artistas.

Había, sin embargo, una excepción: la de Isasti, de quien se decía que era autor de un *tratadillo* de ochenta arquitectos guipuzcoanos. Y hasta se decía que lo decía él mismo en su Compendio Historial de Guipúzcoa.

La verdad es que esa dedicación determinada a poner de relieve las obras de nuestros artistas en un estudio especial monográfico, chocaba violentamente con el absoluto desentendimiento de cuanto se refiriese, por ejemplo, al estudio arquitectónico de nuestras iglesias, materia completamente ausente en las morosas referencias a iglesias y ermitas guipuzcoanas de que está empedrado el Compendio de Isasti. Pero, claro está que ante el hecho producido se desvanecen las hipótesis adversas a ese hecho. Isasti había dicho que era autor de un Tratado sobre Arquitectos y había que creerle bajo su palabra. Yo, sin embargo, estaba muy escamado en cuanto a la fidelidad de la única edición que se ha realizado hasta el presente de la obra del historiador lezoarra. Aparece ésta plagada de anotaciones, las más del concienzudo Floranes. Hay también en ella capítulos desaparecidos que han tenido que sustituirse con otras fuentes no siempre indicadas. Por lo demás, las anotaciones aparecen encuadradas entre paréntesis rectos, aunque no siempre, lo que supone una evidente anticipación de la técnica historiográfica aun en tiempos en que florecieron las disciplinas históricas.

A todo esto, la declaración de Isasti de ser él autor de un tratado sobre arquitectos aparece bajo un epígrafe de muy poca importancia «jerárquica» al final del Capítulo primero del libro sexto, cuyo título es: *De los Pilotos mayores de las Armadas Reales y del arte de navegar*.

Lo lógico hubiera sido que, puesto que Isasti era autor nada menos que de un Tratado de Arquitectos, ofreciese dentro de su obra general por lo menos la condensación de lo que antes había escrito al por mayor. Y, sin embargo, y a pesar de que había dedicado otro capítulo muy poco expresivo a los contadísimos pintores guipuzcoanos, el de los arquitectos está ausente, como tal, y queda despachado exactamente en ocho

líneas. Y resulta, además, que esas ocho líneas están situadas bajo el incoherente epígrafe general de «Pilotos mayores de las Armadas Reales y del arte de navegar». La verdad es que todo eso resulta sorprendente y que no hay más remedio que tratar de encontrar una explicación que venga a desmadejar la madeja.

Ya se ha insinuado también que en la obra impresa de Isasti se han introducido varios anotadores que no siempre se han presentado como tales. A todo esto, se perdió el original que salió de la pluma de Isasti, se perdió también el que manipuló Floranes, y, por si fuera poco, corrió igual suerte el que manejó y remitió Antonio María de Zavala, por lo que hubo de entregarse a la imprenta una copia que se supone, pero no se sabe de cierto, fuese la que Zavala conservó en su poder.

Es hora ya de decir que el responsable de la numeración arbitraria de los párrafos, que es también el responsable de la interpolación de algunos de los epígrafes, hizo desviar el pensamiento del auténtico autor y le hizo decir lo que éste no había querido decir.

Ocurrió esto concretamente, dicho sea por vía de ejemplo, cuando el interpolador introdujo un diminuto epígrafe *Legazpia* precisamente sobre la mención de Legazpi, dando a entender que éste había nacido en Legazpia. Isasti, por su parte, había titulado el capítulo de esta forma: *De Villarreal de Urrechu y de los varones señalados que han salido de ella y de Zumarraga*. Y claro está que Isasti sabía muy bien que Legazpi había salido de Zumarraga y no de Legazpia, conocimiento que por lo visto no llegó a alcanzar el desatinado epígrafista, numerador de párrafos y enmendador de planas.

Esto que ocurrió en la arbitraria atribución de la naturaleza de Legazpi tuvo que ocurrir también en las ocho líneas que tuvieron la desgraciada suerte de ser colocadas bajo el tímido epígrafe de *Arquitectos* al final del incongruente capítulo dedicado a los pilotos guipuzcoanos.

El texto de esas líneas es el siguiente: «Habiendo compuesto un tratadillo en honra de los maestros de cantería y arquitectos, los más de las casas reales y obras grandiosas tocantes a geometría, naturales de Guipúzcoa, de ochenta sujetos eminentes en su arte, se dejó por orden del cronista del Rey maestro Gil González Dávila (el que aprobó este libro) para otra ocasión, sin embargo, de que el glorioso San José fue carpintero según San Crisóstomo, porque se encontró contradicción por parte de la Diputación de Guipúzcoa.»

Y aquí viene lo bueno. Porque Gamón que copió casi a la letra ese único párrafo de Isasti presentado, aunque bajo título facticio, a continuación de la reseña del último de los pilotos relacionados, es decir, de Juan Sánchez de Zoroeta (para Gamón, Soroeta), añade por su cuenta esta definitiva declaración: *Se halla* (el tratadillo de arquitectos) *en poder del escritor de estas noticias* (es decir, del propio Gamón) *como biznieto del Capitán por su parte materna*.

Con eso queda ya definitivamente resuelto el difícil crucigrama: el tratado era obra de Soroeta y no de Isasti. Y no es que éste quisiera apropiarse de lo que no era fruto de su ingenio, puesto que él había estampado correctamente esa declaración al final de la semblanza del marino y por consiguiente al final del capítulo sobre los pilotos guipuzcoanos. Lo que ocurrió fue que al editor, fuese quien fuese, no le cabía en la cabeza que un piloto se pudiera identificar con un historiador del arte, e introdujo el disparatado titulito que hacía atribuir a Isasti lo que no era de Isasti.

Gamón, pues, nos prestó un excelente servicio y nos señaló la pista que hay que perseguir para dar con el apetecible manuscrito sobre arquitectos guipuzcoanos. Esa pista es la exploración de los papeles que dejase el historiador renteriano a sus sucesores, uno de los cuales fue, en tiempos vecinos al último arreglo del archivo municipal, Alcalde de Rentería.

